

—¿Pues no estabas tú en la casa de la Marquesa?

—Sin duda; pero la Marquesa es su hermana.

—¿Vive con ella?

—Sí señora; porque la Marquesa es viuda y él soltero; y como la casa es un palacio, viven muy bien juntos, porque pueden vivir separados.

—¡Qué enterada estás, hija mia!

—Como que él mismo me lo ha dicho.

—Sigue, sigue.

—Al grito que yo dí se volvió la Marquesa al otro, diciéndole: «Vamos, Javier, parece que causas efecto.» Y volviéndose á mí, me dijo con semblante risueño: «No se asuste V., señorita; este caballero es mi hermano.» Sentí frío y calor, rabia y pena..... ¡Yo en casa de aquel hombre..... de aquel modo..... en aquel momento!..... Sentí lo que siempre que lo veía; miedo y vergüenza..... Maquinalmente cogí mi manto, que se hallaba junto á mí sobre un divan, y me lo eché al cuello apresuradamente, cubriendo con él mis hombros desnudos. Al

ver esto la Marquesa se echó á reír, y su hermano, dirigiéndose á mí, me dijo: «Así estás más hermosa.»

—¿Con toda esa confianza te habla?

—Sí señora; *tú por tú*..... Desde el primer día me habla de ese modo.

—¿Y qué le contestaste?

—No supe qué decir; estaba aturdida; pero le aseguro á V. que en aquel momento lo hubiera confundido, hubiera confundido á la Marquesa, y me hubiera confundido á mí misma.

—¿Hay más?

—Sí que hay.

—Pues cuenta.

—La Marquesa, dijo Magdalena, siguió riyéndose como una tonta, y su hermano mirándome con los ojos medio entornados..... Esto lo veía yo de reajo por uno de los espejos que nos rodeaban.....

—¿Y duró mucho tiempo esa escena muda? preguntó la portera.

—No sé..... Para mí duró un siglo, porque no sabía qué hacer; mas en medio de mi confusion oí distintamente al hombre de

los ojos grises que le preguntaba á su hermana: «¿Qué tal mi bella costurera?» Al oír estas palabras me volví como si me hubiera picado una víbora, miéntras ella contestaba: «Encantadora; es realmente un tipo original..... pero, ó tiene todavía poco mundo, ó tiene ya demasiado.» Entónces dije yo: «Señora, quisiera retirarme.»

—Muy bien dicho, exclamó la portera, dando una palmada.

—La Marquesa me contestó diciendo: «Sí, ahora mismo; la he entretenido á V. más de lo regular»; y dirigiéndose á su hermano, añadió: «Vamos, Javier, déjanos solas, que tu hermosa costurera va á cambiar de vestido.» Los dos hermanos se miraron y se sonrieron y él se marchó. En un instante me despojé de aquel precioso vestido, que parecia hecho para mí. (*Aquí suspiró.*) Me puse mi pobre bata, tomé mi manto y salí.

—Gracias á Dios, prorumpió la señora Gertrúdis respirando con fuerza. Tenía miedo de verte tan sola en esa casa.

—Pues áun quedalo mejor, dijo Magdalena.

—¿Más aún?

—Ahora verá V. Al llegar al pié de la escalera, vi un coche delante de la puerta; una preciosa berlina de dos asientos, pequeña como un juguete..... con dos caballos como dos torres. Delante de la portezuela de la berlina estaba el hombre de los ojos grises hablando con otro muy bien vestido, pero pequeño y feo.

—No te se escapa nada, hija mia, dijo la portera.

—Señora, si eso saltaba á la vista.

—¿Y qué hablaban esos hombres?

—Vamos; V. tambien es curiosa.

—Un poco.

El hombre pequeño, prosiguió Magdalena, preguntaba si estaria visible la Marquesa, y el otro le contestó que sí, diciendo: «La Marquesa está siempre visible para V., mi querido.....» Y se detuvo como si no se acordára de su nombre; pero él se adelantó añadiendo: «Mi querido Matusalem..... No tenga V. reparo en llamarme así..... ése es mi nombre..... no se me conoce de otro modo desde la escena del teatro. Fué una infamia que debió castigar el verdugo..... pero, ja,

33840

ja..... yo soy superior á esas cosas. Y despues de todo, ¿qué más da llamarse Matusalem ó Alejandro?..... el uno vivió nuevecientos años, el otro treinta, y aunque mi verdadero nombre es Alejandro, prefiero que me llamen Matusalem.....» En esto llegué yo á la puerta y el hermano de la Marquesa se adelantó cerrándome el paso, y me dijo: «No puedo consentir que te vuelvas á pié y sola, y he hecho poner para tí la berlina.» Y lo que es la berlina, eso sí, era magnífica, brillaba como un espejo; pero yo me excusé; él insistia y yo me negaba,.... El otro caballero se habia plantado sobre las narices unos *quevedos* y me miraba con tanta impertinencia..... que como quien no quiere la cosa, fuí, y muy bonitamente me eché el velo. Entónces puso la mano en el hombro de su amigo, y acercándose á su oido, le dijo en voz alta: «El quinto ó el sexto..... no recuerdo bien, no estorbar. Es de *primitivo cartello*.» Y en tres saltos llegó á la escalera cantuseando *la donna è mobile*. Yo aproveché la ocasion y eché á andar muy de prisa, muy de prisa; mas ántes de llegar á la pri-

mera esquina, el hombre de los ojos grises me alcanzó y se puso á mi lado..... ¡Qué habia de hacer!..... Seguí andando y él siguió junto á mí..... diciéndome, figúrese V., todo cuanto se le ocurría. Me habló de palacios suntuosos, de jardines encantados, de todos los placeres, de todas las magnificencias del mundo. Brotaba de su boca un manantial de felicidades y todas me las ofrecía..... yo andaba, oía y callaba. «Elige, me decia, Londres, París..... Italia; viviremos donde tú quieras, y donde tú quieras que vivamos allí verás satisfechos todos tus caprichos, todos tus deseos; donde quiera que estés brillará tu hermosura y serás la reina de la belleza y el ídolo de mi corazón. Si no te satisfacen las glorias del mundo, huirémos á un lugar ignorado, donde una naturaleza tranquila sea el único testigo de nuestro amor..... Allí, como en todas partes, seré tu esclavo; adivinaré tus gustos, me anticiparé á tus deseos, me miraré en tus ojos, velaré tu sueño y seré el más feliz de los mortales.....» ¡Qué hombre, señora, qué hombre!.....

La señora Gertrúdis, que la escuchaba sin

pestañear, movió lentamente la cabeza, y ella continuó de este modo :

— Por último, me dijo : « Compromisos de familia me obligan á casarme con una rica heredera, y tú has hecho ya imposible ése matrimonio, porque te has apoderado de mi alma y yo no puedo amar á nadie más que á tí. Por tí soy capaz de todo; en tu mano está hacerme el más feliz ó el más perverso de los hombres. » No sé lo que iba á contestarle; me sentia subyugada por sus palabras y alucinada por sus promesas, y á pesar del miedo que me inspira, casi me daba lástima. Al mismo tiempo que yo abria la boca para decirle no sé qué, un caballero se le acercó y lo detuvo..... yo seguí andando; conforme me alejaba de él me sentia más fuerte y apreté el paso, doblé la esquina y corrí..... Me parecia que el ruido de sus pisadas sonaba á mi espalda, y no dejé de correr hasta aquí, y me entré huyendo al mismo tiempo de ese hombre y de mi casa. Ya sabe V., señora Gertrúdis, todo lo que me sucede.

Hubo un momento de silencio, al fin del

que la señora Gertrúdis movió lentamente la cabeza, y dijo :

— *Malo..... Malo.*

Magdalena esperaba algunas palabras más, pero la portera permanecia silenciosa; entonces le preguntó :

— Y bien; ¿ qué hago ?

— Algo hay que hacer.

— Haré lo que V. me diga.

— Ante todo, hay que huir de ese hombre cielos y tierra.

— Sí, eso es claro; mas para huir de ese hombre tendria que huir de mi casa.

— Es verdad..... es verdad, dijo la portera.

— ¡ Estoy tan sola ! exclamó la vecina, rompiendo en llorar.

— ¿ Y tu madre ?

— Mi madre, contestó Magdalena enjugándose los ojos, quiere que sea rica á toda costa.

— ¿ Y tu hermano qué dice ?

— Mi hermano me aborrece..... y le pide dinero á ese hombre, y ese hombre le da mucho dinero.

- Es un mal negocio.
 — Vaya si es.
 — ¿Y á tí no te se ocurre nada?
 — Nada.
 — ¿No tienes ningun pariente?.....
 — Ninguno.
 — ¿Ningun amigo?.....
 — Ninguno.
 — ¿Tan sola estás en el mundo?
 — Muy sola.
 — ¿Alguien habrá que se interese por tí.
 — Nadie.
 — Piénsalo bien.
 — Sí..... Tiene V. razon; hay una persona que se interesa por mí.
 — ¿Mucho?
 — Mucho.
 — ¿Lo sabes bien?
 — ¡Me lo ha dicho tantas veces!.....
 — Vamos, ¿y quién es?.....
 — ¿Quién ha de ser?
 — ¿Conozco yo á esa persona?
 — Sí, contestó Magdalena, sonriéndose.
 La portera, como hablando consigo misma, dijo:

- No sabía yo que la cosa estaba tan adelantada.
 — ¡Qué cosa!
 — Ésa.
 — ¿Cuál?
 — Pues.
 — ¿La de ese hombre que me persigue?
 — No.
 — Entónces.....
 — La otra.
 — ¡La otra!.....
 — Es claro.
 — ¿De quién habla V.?
 — ¿Y tú de quién hablas?
 Ambas se miraron un instante con viva curiosidad; con esa curiosidad asombrada con que se miran dos personas que se hablan y no se entienden.
 — Yo, dijo Magdalena, hablo de la única persona que se interesa por mí en el mundo.
 — Pues bien, replicó la portera; de esa misma persona hablo yo.
 — ¿Y quién es esa persona?
 — ¡Toma!..... él.

— ¡Él!.....

— ¿Me lo vas á negar despues de habérmelo dicho?

Magdalena bajó los ojos, se puso encarnada como una amapola, y replicó:

— Yo, señora Gertrúdis, hablaba de V.

— ¡De mí! exclamó la portera..... Es verdad que te quiero mucho, que me intereso por tí más..... Iba á decir más que tu madre; pero eso no debo decirlo, porque aunque no es tu madre, al fin es tu madre, y no he de ir á meterme donde no me llaman. Y yo, ¿de qué puedo servirte?..... Y mira, hay que hablar claro: tú necesitas una persona que te defienda de ese hombre, que te defienda de tu madre, que te defienda de tu hermano, que te defienda de tí misma.

— Eso he pensado yo muchas veces.

— A ver, á ver. ¿Cómo has pensado eso?

— Son pensamientos que no se pueden contar, parecen sueños..... Figúrese V. que me encuentro á la orilla de un pozo profundo; que dentro de este pozo, allá en lo más hondo, se ven luces; muchas luces, que ciegan

los ojos, y suenan músicas que encantan los oídos, y de allí salen perfumes que marean la cabeza..... Yo oigo, veo y aspiro..... Mi madre me dice: «Baja; mi hermano me empuja y ese hombre me arrastra al fondo del pozo. Yo misma siento deseos de precipitarme y miedo de caer en él. ¿No se ha asomado V. nunca á la boca de un pozo?..... Es una cosa terrible; no sabe una qué hacer, si huir ó tirarse. Siento que mis piés se escurren sobre la orilla, que mi cabeza se inclina sobre el abismoo; siento que voy á caer, que voy á precipitarme, y levanto los brazos como si pidiera auxilio..... Entónces una mano poderosa coge la mia, me sostiene como en el aire, me aparta de allí..... y me salva. Cosas así son las que pienso.

— Y esa mano que te salva en el momento de caer, ¿de dónde sale?

— Sale de un brazo.

— ¿Y es el brazo de un hombre?

— Sí, contestó Magdalena, volviendo á ponerse encarnada.

— Y ese hombre, ¿dónde está?

— No sé.

— ¡No sabes!,....

— No.

— Será algún ángel caído del cielo.

— Puede.

— Quizá sea el santo de tu devoción.

— Es posible.

— ¿Ves cómo no estás tan sola en el mundo?..... ¿Ves cómo hay quien se interesa por tí, te defiende y te salva?.....

Magdalena meneó la cabeza, como quien dice que no, sin estar seguro de lo que dice.

— ¿Dudás?..... le preguntó la portera.

Tampoco tuvo nada que contestar á esta nueva pregunta.

No debe extrañarse su obstinación en guardar el secreto de aquel amor inesperado, porque era verdadero y profundo, porque acaso sea el único amor que sienta en su vida. Este sentimiento, cuando nace de lo íntimo del alma, parece que se encierra en ella como un perfume que no quiere evaporarse. Es una confidencia misteriosa que el alma se hace á sí misma y que la boca no suele encontrar palabras con qué repetirla.

La portera no comprendía bien esas deli-

cadezas de amor verdadero, y quería una declaración franca, una confesión terminante para meterse de hoz y de coz en el asunto, y estrechar la comunicación entre aquellos dos corazones que aún no se habían hablado una palabra, y que sin embargo ya se lo habían dicho todo. Y estaba formalmente empeñada en ello, porque se le había puesto entre ceja y ceja que sólo Miguel podía salvar á Magdalena.

— Bueno, dijo; no soy tan tonta que no me ponga al cabo de la calle. Si tú callas, él bien claro habla.

— ¡Él!..... ¿qué dice él?..... exclamó Magdalena sin poder contenerse.

— Él dice..... que desea agradarte; que le has entrado por el ojo derecho; que te lleva en las entretelas de su corazón como un relicario.

— ¡Dice esas cosas!.....

— No las dice, pero yo las veo..... También como tú quiere ocultármelo; pero, hija mía, el amor y el dinero no pueden estar ocultos.

En aquel momento apareció en el portal

la figura de Juana llamando á su hija.

—Mi madre..... dijo Magdalena aterrada.

—Aquí está, señora, gritó la portera.

—Vamos, Magdalena, vamos, gruñó la madre; hace una hora que debias estar en la casa.

—La he entretenido yo, replicó la señora Gertrúdis.

Magdalena salió del *chiribitil* de la portera y siguió á su madre.

La portera estuvo pensativa algun tiempo, buscando en los rincones de su imaginacion un recurso que resolviera las dificultades del caso; mas no debió encontrar nada, porque cogió la calceta y comenzó á enredar el hilo en las agujas, diciendo:

—La madre, el hermano, ese hombre, ella misma..... La van á perder..... y este mameluco podia salvarla.

Y siguió pensando en silencio.

Por último, y como en resúmen de todo su pensamiento, prorumpió en estas tres palabras:

—*Malo..... Malo..... Malo.....*

Entre cada una de ellas colocó una serie de puntos; serie de puntos que se escaparon de su calceta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO